

En otro tiempo, la trashumancia era inevitable en los crudos inviernos

# Valle de Lago, la antigua braña vaqueira

**A**SCENDER hasta el Valle de Lago, la antigua braña de alzada o de vaqueiros del concejo de Somiedo, en una ruta que no tiene posible extravío, como veremos más adelante, representa conocer, palpar y escuchar el latido de la propia tierra, todavía más olvidada e ignorada hoy por los propios asturianos que las torres de cemento de Benidorm, construidas «allá abajo», en el blando, pegajoso y azulado Mediterráneo, cuando había que albergar a medio continente que se desplazaba hasta Francia, Alemania o Inglaterra para saborear la miel de unas vacaciones sin nubarrones ni nieblas. Con el tiempo, esa afición y esa necesidad la sintieron también los vecinos del Cantábrico, y entre ellos, nosotros, los asturianos. Y así fueron, se van, o vamos la mayoría hacia las tierras del sur en busca de un sol que ya casi es —por contagio— artificial. Vamos (o van, de paso), en busca de una aventura incierta, quebradiza y tardía, con unas europeas, americanas o compatriotas —que da lo mismo—, en un vano y frustrante intento de recuperar el tiempo presumiblemente perdido, saltando el lastre de una ya autorrepresión que ha llegado a convertirse en verdadera obsesión para muchos infelices mortales de aquí y de allá.

## Las aldeas de montaña, más solas que nunca

Pero, entre tanto y cuanto, en las antiguas brañas, en el fondo de los valles, en los pueblos y en las aldeas más apartadas de nuestra Asturias, continúan viviendo las mismas gentes de siempre: los paisanos ingeniosos o desconfiados que labran la tierra, las viejas que faenan en el campo y en el hogar, y las chavalas de estiradas piernas y pechos a la antigua usanza que siguen padeciendo la misma marginación —en otra coyuntura— que sus antepasados los vaqueiros, un día malditos de una sociedad bastante hipócrita. Ellas esperan por un pretendiente que representará una liberación o una esclavitud compartida con hijos. Pero ellos, los pretendientes, se tuvieron que ir todos en busca de trabajo y de nuevos horizontes, convirtiéndose a la espera en desesperanza, porque hasta estos apartados y bellos rincones de nuestra geografía no llegan más que los eternos montañeros que padecen y gozan del éxtasis de la montaña. Llegan, escalan, descienden y se van con la mochila y ligera, borrachos de aire puro y de paisajes infinitos. El resto, los demás mortales de nuestras urbes, se marchan, ya digo, hacia el sur, hacia el Mediterráneo o hacia los lugares saturados de nuestra propia costa. Y así, las pequeñas aldeas de montaña, están más solas que nunca, cobijando sueños imposibles, aunque con el tiempo, las gentes las llegarán a redescubrir, en un retorno voluntario que implica la búsqueda de la propia identidad. Quizá, este impulso nos ha llevado una vez más a contactar con un paisaje soberbio, con unas ceras y unos hombres que viven entre montañas, en esa antigua, famosa y mal comunicada braña llamada valle de Lago, por encima de los mil metros, en un medio más inhóspito que cómodo.

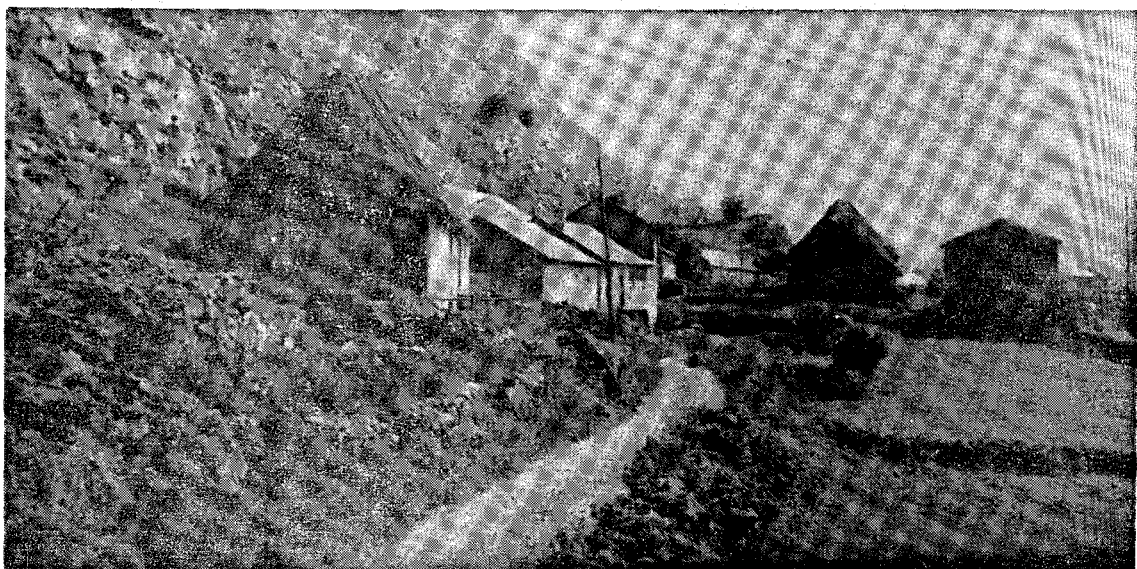
## Uno de los concejos vaqueiros de Asturias

Desde Pola de Somiedo, capital del concejo, se halla abierta una pésima calzada que llega hasta el pueblecito de Urriá. Y desde Urriá, la carretera discurre pegada a la ladera hasta El Valle. Por el contador del automóvil la distancia es de nueve kilómetros. Cuando se llega a destino, la chapa del coche aparece cubierta del polvo amarillento del camino y, nueve kilómetros que podrían ser una excursión magnífica para un forastero y una liberación para los vecinos del lugar, se convierten en una pesadilla.

El Valle de Lago —o simplemente El Valle— a 1.200 metros de altitud tiene, apenas, dos centenares de habitantes. La entrada en el poblado produce una extraña e inquietante sensación, posiblemente, por el denso silencio que emerge del poblado que engañosamente parece deshabitado. Casas y chozas, escoltando el largo camino, están confundidas e identificadas con el potente paisaje y cada pared y cada tejado otula de piedra parecen haber brotado de la tierra misma. Son tejados contruidos casi en vertical para evitar la acumulación de nieve. Así, a lo largo de un par de kilómetros se hallan distribuidas las viviendas bajo la imponente rocosidad de la Peña de Chandecaballos.

El pueblo de El Valle lo componen cuatro entrañables, antiquísimos y populares barrios que llevan los sugestivos nombres de La Quintana, La Caleitcha, Ribatchuenga y El Otero. En la zona, aún supervive alguna cabaña de forma circular con cubierta cónica de paja que recuerda los castros celtas; y similares o parecidas a las chozas y viviendas inslesas de la edad de hierro, verdaderas joyas de arquitectura popular. (En los últimos años, proliferan las vulgares chabolas de tejado tipo urallita que alteran y destruyen el paisaje asturiano. Estas chabolas, más fáciles de levantar, sustituyen práctica, pero lamentablemente, a las personalísimas chozas, hoy convertidas en notables reliquias que oficialmente deberían protegerse).

Siendo Somiedo uno de los concejos vaqueiros de la región, esta braña del Valle de Lago fue en otro tiempo muy conocida. En la actualidad, sus vecinos ya no se ausentan del lugar. Sin embargo, la trashumancia era inevitable en otra época cuando los fríos se hacían insportables. Al presionar las autoridades de la comarca a fijar a los vaqueiros en su sitio, sin permitirles abandonar el pueblo en los crudos inviernos, los vecinos de El Valle esgrimieron las duras condiciones climáticas, con abundantes nevadas en una tierra que resultaba tremendamente dura para asentarse en ella permanentemente.



El pueblo de El Valle surge como una ilusión óptica; pero es una realidad, con las casas escoltando el largo camino

- ☆ **ESTA SITUADO A 1.200 METROS DE ALTITUD, GUARDA EN LAS ANTIGUAS VIVIENDAS Y CABAÑAS SU FISONOMIA MAS PRIMITIVA**
- ☆ **LA PRADERA DEL VALLE, IMPRESIONANTE EN BELLEZA, ES LA MEJOR DESPENSA EN PASTOS DE TODO EL CONCEJO**
- ☆ **LOS VECINOS TIENEN FAMA DE SER LOS MAS LISTOS DEL CONCEJO DE SOMIEDO**
- ☆ **La forzosa inactividad de los largos inviernos, les depara tiempo para jugar a las cartas, leer, discutir de la carretera que nadie acaba y emborracharse de vino y de soledad**

Una fotografía de hace medio siglo, apenas desdise y choca con la realidad actual. El Valle, continúa guardando su fisonomía más primitiva, sobremanera, en lo que concierne a las personas más ancladas del lugar y a las viviendas que todavía se conservan con cubierta vegetal. Al fin y al cabo, esta ha sido una de las «genuinas» comarcas de las brañas y de los vaqueiros de alzada. Y estos últimos, como grupo humano de características bien definidas, han mantenido su arcaizante modo de vida casi hasta nuestros días, máxime si pensamos en las deficientes comunicaciones existentes.

### El letargo invernal

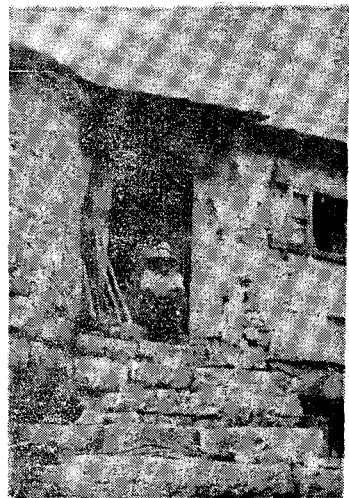
En el poblado, las construcciones centenarias constituyen verdaderos testimonios de épocas remotas. En una de estas viviendas, hemos visto la escalera exterior de piedra aislada de la pared, elemento propio de la arquitectura rural de la vecina región gallega. En la cima de una

de estas escaleras, sentado a la puerta de la humilde y destartada vivienda, encontramos en un día espléndido de gol a Ulpiano Lana, de 66 años de edad. En los primeros momentos, se mostró reticente. Le pedí permiso para fotografiar la casa, y a él sentado tal como estaba en lo alto de la escalera, con sombrero de paja y una bota descalzada para aliviar los callos. Al razonarle los motivos, facilitó el nombre y charlamos un rato sobre el Valle de Lago. Mansanamente preguntó si se calzaba la otra bota y si sería conveniente quitarse el sombrero. No hubo necesidad de indagar más sobre el viejo que quedó en idéntica posición, relajado, limpiándose el sudor a la caída de la tarde, mientras nosotros proseguíamos viaje.

No es precisamente que los tiempos cambien en modos, costumbres y progreso a un buen ritmo, pero el aspecto de las construcciones antiguas —aún al lado de otras, evidentemente, mucho más confortables y modernas— pueden proporcionar una falsa idea del lugar. La verdad



Típica vivienda de la montaña de Somiedo, localizada en la antigua braña vaqueira de El Valle



Ulpiano Lana, de 66 años, a la puerta de la humilde vivienda con escalera de piedra exterior, en Valle de Lago

es que El Valle es uno de los pueblos mejor dotados en pastos del concejo de Somiedo, y en el lugar hay gentes en excelente posición. Esta es una zona de privilegio en belleza, con las praderas flanqueadas por dos barreras de montañas que prestan un encanto especial a estas altitudes. Pero también lo es, esencialmente, por sus pastos.

Las gentes de El Valle tienen fama de ser los más listos de todo Somiedo. Se apunta la posibilidad de su especial modo de vida, en el que de noviembre a marzo apenas faenan o trabajan. Si el verano es duro, durante el invierno, debido a la nieve y el frío, los vecinos apenas tienen otra ocupación que cebar el ganado en las cuerdas. El resto del tiempo, lo pasan leyendo o charlando, y dicen que es difícil en ganar a un vecino de El Valle. También nada, distraerse en las largas tardes y anocheceres de diciembre y enero, se practican asiduamente los juegos de azar, siendo expertos en tute, julepe, garafina o mus.

Un buen conocedor de la zona ha dicho que resulta difícil que un vecino de El Valle abandone este lugar para ir a trabajar a otros parecidos labores. De aquí ha salido más de un maestro y más de un cura. Tampoco faltan gentes que residen en Oviedo, Gijón, Avilés o Madrid, acudiendo ellos mismos o sus descendientes todos los veranos hasta El Valle, en una llamada de la tierra que en este caso goza de unas condiciones excepcionales, a pesar de las tipes y hermosas viviendas que aparecen más húmedas y disminuidas bajo los picos impresionantes de Chandecaballos, Los Pozos, Las Cruces o la Peña de la Lavana.

### La pradera de El Valle

Para los que no temen reventar el auto, es posible cruzar con él los barrios antes mencionados. Cruzarlos y alejarse por un camino de barro hasta donde el automóvil ya no puede avanzar ni un metro más. Al lado de un puente y en una pequeña pradera contigua al río de El Valle, de aguas escasas, frías y cristalinas, se deja el vehículo para proseguir la marcha hasta el lago de montaña, del que hablaremos en el último reportaje. Antes de llegar a él, siguiendo el camino, se desemboca en una de las brañas de El Valle, denominada por José Ramón res estampas en vivo de todo Somiedo: la prada. Luce que «la más valiosa heredad campesina de todo Somiedo» a la que antes hablamos mucho referencia. Este es uno de los últimos y más fantásticos encuentros del Valle de Lago.

A partir de aquí uno puede comer, retomar lanzarse por las praderas o ascender hasta cualquier cumbre siguiendo el curso de un arroyo de montaña. Luego antes de caer la tarde se emprende el regreso con el cuerpo dolorido y las retinas aborrotadas de imágenes distintas, nuevas y supuestamente superiores a las de Benidorm, en especial para los astures que huyen de sí mismos y de su propia tierra.

Si al verano y primavera no le falta la sombra dorada, el invierno no por más fuerte deja de tener su atractivo. Un John Steinbeck que ha dejado bien patente el amor inextinguible a la naturaleza y a los seres humanos, describiendo esta estación diciendo que «el invierno se hace caer con todo rigor. Las colinas perdieron su color pajizo y se ennegrecieron bajo el agua y las corrientes invernales se deslizaron ruidosamente por los desfiladeros angostos. Los hongos se maron en el suelo, y el césped nuevo brotó a raíz de Navidad». Todo ello mientras las gentes de Ribatchuenga y La Caleitcha juegan al julepe, leen, discuten de la carretera que nadie acaba; se emborrachan de vino y de soledad.